

## CAPÍTULO ADICIONAL \*

### LA CAÍDA DE LA MONARQUÍA DE JULIO

La corrupción electoral que reinaba en Francia en 1847 fué el pretexto de que se valieron los adversarios del gobierno y los de la monarquía para intentar derribar á uno y otra, como lo consiguieron; pero según suele suceder en casos tales, así el rey Luis Felipe como el presidente de Consejo de ministros, monsieur Guizot, no veían la tormenta que se acercaba y se creían tranquilos y seguros.

Siendo la ley electoral y la mayoría de la Cámara los baluartes detrás de los cuales se creía invencible la política imperante, era natural que sus adversarios dirigiesen sus ataques contra ellos, y por consiguiente, la reforma electoral fué el grito de guerra de la oposición. El movimiento en favor de esta reforma empezó á tomar más carácter desde 1847; la guardia nacional de París, en lugar de aclamar al rey con los vivas de costumbre, gritó «¡Viva la reforma!», y M. Duvergier d'Hauranne presentó á la cámara una proposición de ley de incompatibilidades que quitaba á los empleados del Estado el derecho de ser diputados, y que fué desechada por doscientos cincuenta y dos votos contra ciento cincuenta y cuatro, porque M. Guizot prometió presentar él mismo un proyecto de reforma. Pero cuando lo supo el rey dijo: «¿Conque mi ministro ha dicho eso? Pues sabed que yo no he prometido nada y jamás concederé reforma alguna.» En el curso del debate refirióse el ministro M. Duchatel á la indiferencia del país, lo cual indujo á la oposición á probarle lo contrario con peticiones cubiertas de firmas y además, como en 1830, con una serie imponente de banquetes en favor de la reforma. El primero se celebró en París el día 9 de julio de 1847, y después hubo unos setenta más en diferentes departamentos hasta el 25 de diciembre. Los organizadores de estas fiestas, á cuya cabeza figuraban MM. Duvergier d'Hauranne y Odilón Barrot, estaban muy lejos de sospechar la catástrofe que produjeron. Nin-

\* Atento el autor de la presente obra á tratar de cuanto se refiere exclusivamente á la personalidad de Luis Napoleón, siguiendo el plan trazado, ha dejado entre el anterior capítulo y el que le sigue un pequeño vacío histórico, cual es el de la revolución de 1848, en cuyos episodios no figuró aquél directamente, pero que conviene llenar para que el lector pueda formarse más exacta idea del desarrollo de los sucesos políticos en la época á cuya narración ha llegado. A llenar este vacío tiende el presente capítulo adicional, agregado por el traductor de esta obra.

(N. del T.)

guno de ellos tenía deseos de provocar una revolución ni poner en peligro el trono: sólo iban contra el ministerio, que vivía, para la ambición de algunos, demasiado tiempo y que para los más facilitaba con su servilismo el gobierno personal del rey.

La oposición liberal monárquica, organizadora de los banquetes, admitió la alianza de los radicales, que fueron aumentando sucesivamente su número hasta constituir mayoría y lograr, acaudillados por M. Ledru-Rollín, en el banquete de Lila la omisión del brindis á favor del rey, que hasta entonces había sido de reglamento en todos los banquetes. Otras manifestaciones, no ya solamente condenando la corrupción del gobierno y la violación de la Constitución, sino también aclamando la soberanía nacional y evocando el recuerdo de la revolución de 1830, se introdujeron sucesivamente en estos banquetes é hicieron comprender á los organizadores que habían desencadenado elementos que no eran dueños de dominar.

En el último apuro quizás M. Guizot habría consentido en una reforma electoral, propuesta y discutida en regla; pero jamás habría cedido á una presión extraparlamentaria. Cuando la agitación iba tomando un aspecto siniestro, M. Morny le hizo comprender el peligro á que conducía una resistencia que era ya temeraria; pero antes de ceder á la presión presentó al rey su dimisión, fundándola en su impopularidad que le impedía entrar con buen éxito en una vía conciliadora. La reina y sus hijos se armaron de valor y aconsejaron al rey que admitiera la dimisión, pero fué inútil: Luis Felipe los rechazó con dureza, M. Guizot permaneció en su puesto y con él la política de resistencia, apoyada con más obstinación por el conde Duchatel. El 28 de diciembre abrió el rey el Parlamento, y en el discurso de la corona quiso marcar ante el país como agitadores y enemigos de la patria á los adversarios de su gobierno.

A principios de 1848 llegaron á París las noticias de los sucesos ocurridos en Sicilia, y electrizaron á los hombres de la oposición. M. Thiers, que no había querido tomar parte en los banquetes, fustigó al gobierno cruelmente por su política extranjera, su inclinación al Austria y su comportamiento en Suiza y en Italia, y entonces fué cuando dijo: «Los tratados de 1815 se han de observar, pero detestándolos.» M. Tocqueville predijo la revolución por obra de las clases bajas, diciendo: «¿No veis que sus pasiones se han transformado de políticas en sociales? ¿No veis cómo se propagan entre ellas paso á paso ideas y doctrinas que no tienen por objeto cambiar esta ley ó aquella, ni derribar este ó aquel ministerio, ni tampoco todo un gobierno, sino conmover la sociedad en sus mismas bases? Yo comprendo la utilidad y hasta la urgencia de la reforma electoral, pero no soy tan necio tampoco que crea que las leyes por sí solas determinan los destinos de los pueblos. El espíritu del gobierno origina los sucesos. Conservad, si queréis, las leyes existentes, y también los mismos hombres, pero por Dios cambiad el espíritu del gobierno, porque, repito, el que ahora impera conduce al abismo.»

Todo fué en vano; después de un debate que duró veinte días sobre la contestación al discurso de la corona, estaba la mayoría tan firme y adicta al ministerio como nunca, porque de él dependía su existencia; lo cual hizo exclamar al *National*: «Ha concluído la lucha de palabras, ahora empezará la de obras.» En los debates anunció M. Duchatel la prohibición de los banquetes reformistas fundándose en una ley del año 1790, lo cual excitó á la oposición á sostener en la práctica la legalidad de esta manera de hacer resistencia. Con este objeto se dispuso celebrar un banquete en casa de un diputado en los Campos Elíseos, al cual prometieron su asistencia noventa y dos. Esto era equivalente á encender una hoguera cerca de un barril de pólvora, porque el descontento que reinaba en la guardia nacional, la fermentación que se advertía en la clase obrera y la ira de los estudiantes por haber cerrado el gobierno las clases de MM. Quinet, Michiewicz y Michelet, eran tales, que el solo anuncio del banquete produjo una agitación alarmante para todos los hombres de sano criterio, menos para el rey y sus ministros, que se reían de todos los avisos y consejos de ceder á tiempo. No parecía sino que Dios los había cegado, como á los Borbones, para perderlos. «Querido, contestó el rey al prefecto del Sena, que quiso abrirle los ojos, vos no entendéis de esto;» y M. Sebastiani recibió la contestación sarcástica: «Se ve que os habéis hecho ya viejo.» M. Delessert, el prefecto de policía, dijo en tono altanero á los consejeros del municipio, que habían ido á comunicarle sus aprensiones: «Se ha previsto todo y todo está perfectamente dispuesto.»

No estaban tan seguros los jefes del movimiento, que aceptaron la combinación que por encargo del gobierno les propusieron dos diputados de la derecha, para salir honrosamente del compromiso y evitar un choque irreparable. Esta salida consistía en que un agente de orden público, colocado cerca del lugar en que había de celebrarse el banquete, dijera á cada comensal antes de entrar en la casa, que se había prohibido el banquete; que después reunidos los convidados convinieran en llevar el asunto ante el tribunal y se separasen, retirándose cada uno pacíficamente.

Pero semejante acomodamiento no fué del gusto de los demócratas, y M. Marast compuso un programa de la fiesta según el cual una sección de guardia nacional, cuyos individuos fuesen armados sólo con sable, con el pretexto de formar calle y tener despejado el acceso del edificio, guardaría las avenidas, en realidad para dar á la reunión un carácter importante. El gobierno así lo comprendió también y decidió desentenderse de la solución convenida, por lo cual prohibió el banquete á secas el 21 de febrero. Los organizadores de la fiesta se conformaron, menos M. Lamartine, que aunque hasta entonces había sido el más acérrimo contrario de esta demostración peligrosa, desde que la vió prohibida insistió en que se celebrara el banquete, diciendo que «aunque todos los diputados se retiraran, iría él solo, seguido únicamente por su sombra.»

Los liberales avanzados no creían que había llegado el instante de salir á la escena, y se consolaron fácilmente de la prohibición del banquete diciendo:

«¡Paciencia! Cuando el partido democrático tome una iniciativa semejante, se verá si retrocede después de haber avanzado tanto.» No por esto dejó la dirección de las sociedades secretas de estar alerta, siempre á punto de aprovechar la primera ocasión favorable á sus planes.

El gobierno respiró contento de haber atravesado tan bien la crisis, y si hubiera tomado más precauciones, todo habría entrado en orden, aun en caso de una intentona armada, que fácilmente habría quedado sofocada por las tropas de la guarnición, aunque ésta contaba mucho menor número de combatientes que los treinta y un mil hombres que figuraban en el papel. Pero el gobierno, para no irritar al pueblo, no la había puesto sobre las armas, renunciando desde un principio á ocupar los puntos estratégicos designados ya en 1839 por el general Gerard para el caso de una revolución; de modo que toda la mitad oriental de París estaba desprovista de tropa. Así amaneció el día 22 de febrero, y á pesar del tiempo frío y húmedo, acudió el pueblo de todas partes de la ciudad al sitio y alrededores donde debía verificarse el banquete reformista. Muchos guardias nacionales se presentaron de uniforme, sin haber recibido orden para ello, todos para ver la marcha de los comensales y su retirada. Los guardias municipales disolvieron los grupos, los cuales daban gritos de «¡Abajo Guizot!,» mientras otros arrojaron piedras á las ventanas del ministerio de Negocios extranjeros. También hubo de ser protegida la cámara de diputados contra los que arrojaron piedras, sin que pasaran de allí las demostraciones. Era evidente que el pueblo tampoco abrigaba más proyectos hostiles que el de entregarse á estos desahogos, de modo que la sesión de la cámara llegó á su fin natural sin interrupción ni desorden, si bien los pensamientos de los en ella reunidos estaban en otra parte y no en lo que se trataba en aquel recinto.

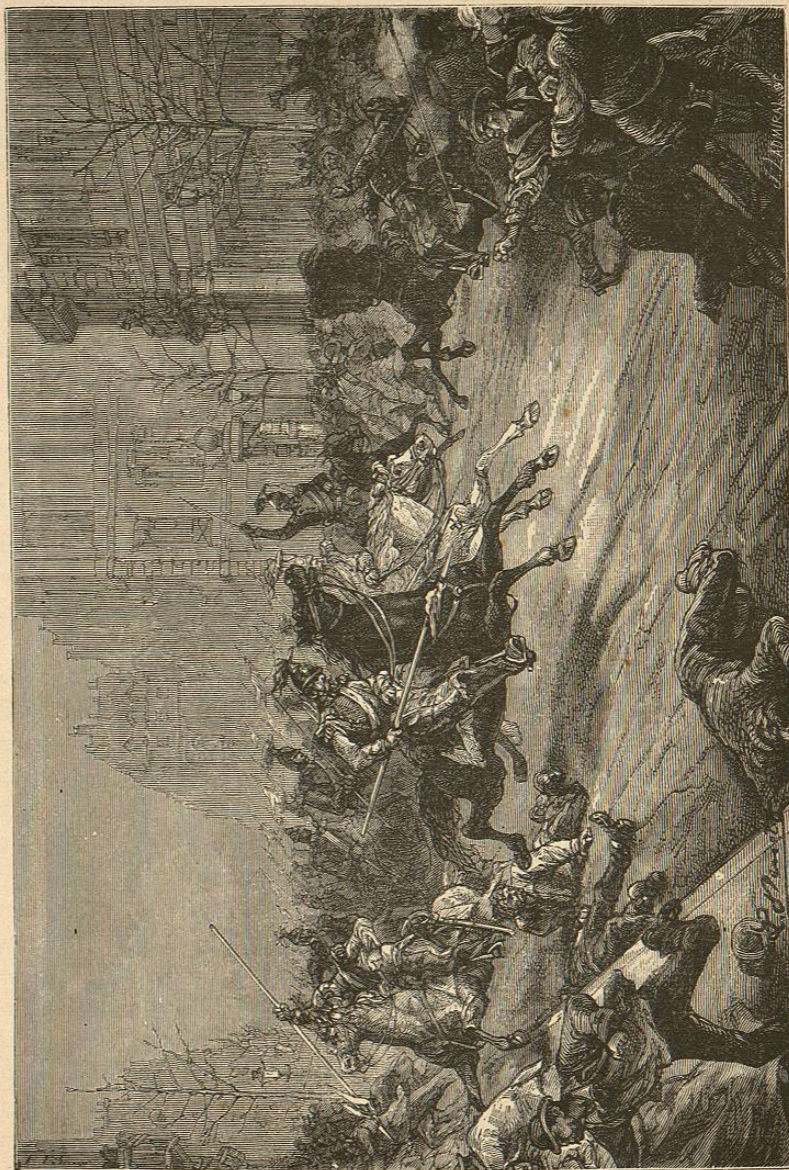
Así pasaron tranquilamente el día y la noche hasta la mañana del 23. Hasta entonces sólo había recorrido algunos barrios alguna sección de guardia nacional, llamada á las armas, ya por su respectivo alcalde de barrio, ya por su propio jefe, sin orden superior, con el solo objeto, puramente voluntario y local, de evitar excesos. Pero el día 23 el jefe superior de la guardia nacional, el general Jacqueminot, mandó que dos batallones de cada legión se pusieran sobre las armas. Esta fuerza, que en el fondo era una corporación política, ó mejor dicho, la representación armada del pueblo de París, no pensaba ni remotamente en atacar ni menos derribar la monarquía, pero quiso aprovechar la ocasión de dar una lección bien intencionada al gobierno y obligar al rey á despedir al ministerio. En la seguridad de que la tropa no haría fuego contra ella, impidió con su sola presencia que las fuerzas del gobierno acabasen con el motín dispersando los grupos. Esto envalentonó á los verdaderos centros revolucionarios. La cuarta legión de la guardia nacional firmó una petición á la cámara pidiendo la destitución de M. Guizot, y una columna de la misma legión se dirigió á la cámara para pedirle que votase la reforma electoral. MM. Thiers y Barrot suplicaron á los guardias que se retirasen; pero no lo hicieron hasta que el jefe de la fuer-

za, el general Jacqueminot, prometió hacer presente al rey el deseo de la guardia nacional.

En los diez y ocho años de su reinado Luis Felipe había visto tantos motines, de los cuales había salido siempre vencedor, que al principio no se alarmó de lo que ocurría; pero cuando supo la actitud independiente de la fuerza cívica, empezó á temer. Su esposa é hijos le asediaban con sus súplicas para que cediera, auxiliados por la misma índole humanitaria del rey, que no le permitía dejar llegar las cosas al extremo mientras quedaban otros medios. Estaba dispuesto entonces el rey á separarse de su ministro que tantos años le había servido fielmente; en efecto, así se lo dijo á M. Guizot, el cual le aconsejó que encargara á M. Molé la formación de un nuevo ministerio, y desde la real estancia dirigióse á la cámara para anunciarle su retirada. La mayoría que durante tanto tiempo le había seguido á ciegas, no conociendo más voluntad que la suya, quedó consternada. «¡El rey nos vende!» gritó; pero fuera de la mayoría, la noticia causó grandísimo júbilo en todas partes; el horizonte político se despejó de repente y como por arte mágica desapareció la congoja general que durante dos días había tenido suspensos todos los ánimos. La ciudad se iluminó, y con razón, porque el pueblo había triunfado, y hacia las seis de la tarde del día 23 quedó todo arreglado, sin motivo alguno que pudiera hacer temer una nueva alteración del orden público.

No fueron por desgracia de esta opinión las juntas de las sociedades secretas en los barrios obreros. Viendo que no se había presentado el caso fortuito con el cual habían contado para salir á la calle, soltaron sus bandas para provocarlo á todo trance, y hacia las nueve de la noche reunióse una turba de unos quinientos obreros á los cuales se fueron agregando á cada paso más, que llevando hachas de viento y faroles de papel de colores, se dirigió, precedida de una bandera roja y cantando la *Marsellesa*, al ministerio de Negocios extranjeros para obsequiar á M. Guizot con una cencerrada. Al llegar al bulevar de los Capuchinos encontró esta turba un destacamento de tropa que le cerró el paso y cuyo jefe, el teniente coronel Courand, trató de hacer comprender á los alborotadores lo inconveniente de su proceder. A sus palabras contestó uno de los hombres armados de antorchas con un impropio soez, y por tres veces seguidas trató de quemar con la tea la barba del oficial, acompañando su acción con palabras insultantes. Tres veces apuntó con su fusil al insolente el sargento Giacomini, natural de Córcega, y otras tantas el oficial desvió con la mano el arma; pero cuando el salvaje obrero aproximó su hacha por cuarta vez á la cara del oficial, y éste mandó calar la bayoneta, el corso, fuera de sí, apuntó y disparó, y sin orden del oficial le imitó toda la compañía al mismo instante, tendiendo en tierra cincuenta y dos heridos y muertos; con lo cual la turba aterrorizada se retiró.

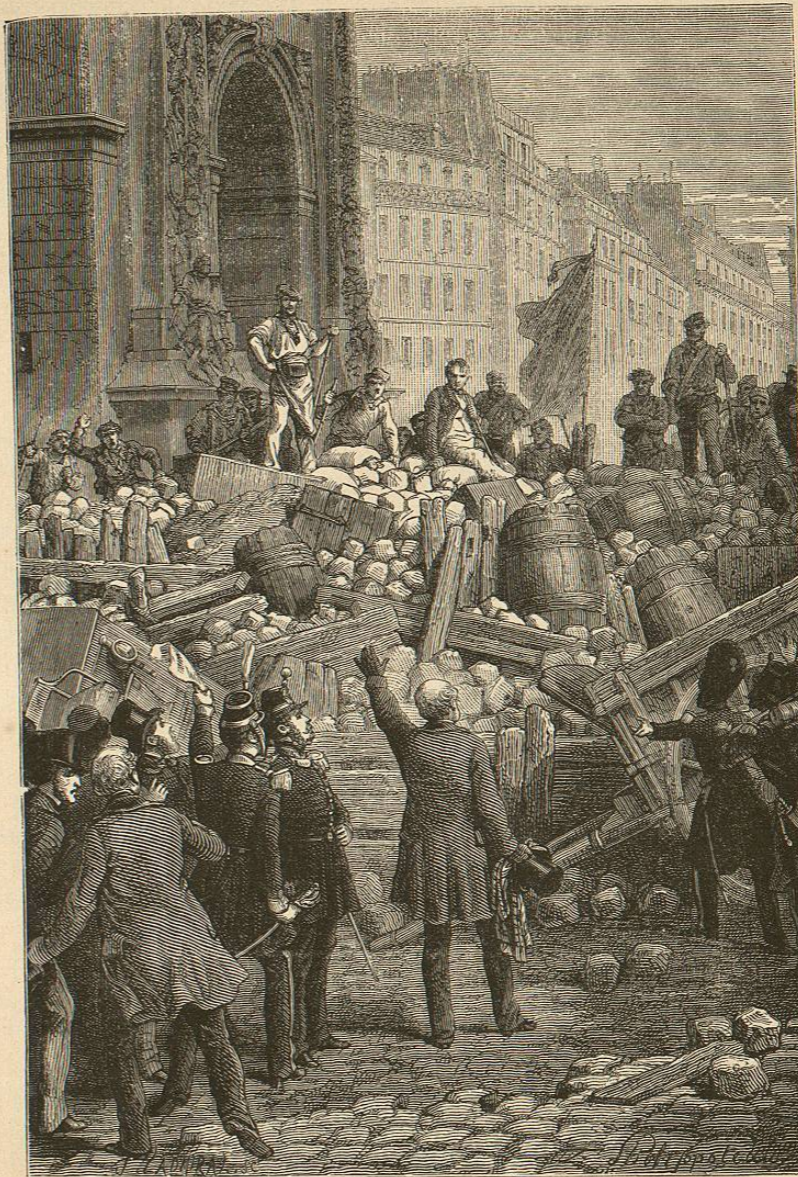
Este suceso lamentable fué celebrado como una gran fortuna en la redacción de *La Reforme*, cuyos redactores no perdieron un instante para explotar



Los lanceros dando una caña á los amotinados en los bulevares

tan buena ocasión, y al momento organizaron una larga procesión en toda regla, precedida por un carro, en el cual colocaron seis cadáveres ensangrentados. Esta procesión, á los gritos de: «Traición! ¡Venganza! ¡Se asesina á nuestros hermanos!» pasó por los bulevares á los barrios obreros. MM. Garnier-Pagés y Flocón excitan á la multitud, enfurecida ya con sus discursos; las campanas tocan á rebato; el pueblo, con las piedras de las calles, levanta barricadas, saquea las tiendas de los armeros, y cuando apunta el alba del día 24 de febrero, se encuentra París en plena revolución.

En las Tullerías el rey con M. Molé habían regateado por la noche hasta muy tarde la combinación del nuevo ministerio de hombres del centro izquierdo. MM. Molé quiso llamar á M. Thiers por colega, y si bien el rey objetó: «¡Qué dirá Europa, qué dirá la Bolsa al saber que tenemos á este loco en las Tullerías!» al fin consintió en que se le llamase; pero M. Thiers no aceptó, declarando que no formaría parte de ningún ministerio sino á condición de ser también su presidente. Seis horas pasaron así, y viendo M. Molé que nada conseguiría, renunció el encargo de formar ministerio. Cuando llegó la noticia de haber comenzado de nuevo la lucha en las calles, el mismo M. Guizot aconsejó al rey que encargara á monsieur Thiers la formación del nuevo gabinete, y al instante envió Luis Felipe á llamarle, así como á M. Bugeaud, al cual encargó el mando de las tropas en lugar de su hijo el duque de Nemours, que hasta entonces lo había tenido. Eran las tres de la madrugada cuando M. Thiers, después de haber pasado por varias barricadas, llegó á palacio y á presencia del rey, con el cual luego se entendió sobre la entrada de MM. Barrot, Remusat y Lamoricière en el ministerio; pero de lo que no quiso oír hablar Luis Felipe fué de dar una cartera á M. Duvergier d'Hauranne, ni disolver la cámara, ni reformar la ley electoral para la convocación de una nueva cámara, exclamando: «¡Imposible! ¡No puedo separarme de mi mayoría!» En esta situación incierta citó el rey á M. Thiers para las ocho á una segunda conferencia, y Thiers salió de palacio convencido de las intenciones dolosas del rey. En el patio se encontró con el mariscal Bugeaud, que estaba muy agitado y alarmado por haber visto que, en lugar de treinta y un mil hombres con que contaba, solamente tenía diez y seis mil, y éstos rendidos de cansancio, hambrientos, desmoralizados, no teniendo la mayor parte más que diez cartuchos y los caballos sin pienso. «No importa, dijo á M. Thiers, con los cartuchos que hay tendré siempre, el gusto de matar buen número de esta chusma, y esto ya es algo.» Desde allí fué M. Thiers en busca de sus futuros colegas, con los cuales se presentó, efectivamente, á las ocho de la mañana en palacio, habiendo en el camino hecho lo posible para tranquilizar al pueblo y hacer cesar la lucha. El rey se mostró dispuesto á admitir á todos los ministros propuestos, pero eludió extender su nombramiento definitivo y consentir francamente en la reforma electoral. Atendida la manifiesta impopularidad del mariscal Bugeaud, nombró Luis Felipe en su lugar á su adversario personal el general Lamoricière; pero ambos militares olvidaron sus rencillas y se entendieron sin dificultad en bien del mejor desem-



Odilón Barrot y sus amigos detenidos ante la barricada de la Puerta de San Dionisio